

Mas dejando esta digresion y volviendo á mi camino; ¿por qué causa; finalmente, se retraen de las prácticas de la religion? Lo he indicado en otro capítulo, y haré observar aquí sólo que por respeto á personas tan viles y abyectas, que no merecen consideracion alguna, puesto que las que se burlan de las cosas divinas no pueden ser calificadas de diverso modo. La experiencia hace conocer que la irrision de las cosas santas no sale nunca de los labios de una persona grave y sensata que se rija por principios. Estas, aunque tengan la desventura de carecer de religion; se guardan bien de jactarse ello, y mucho más de despreciarla, porque respetan los principios de los demás. Los grandes despreciadores de las prácticas religiosas no son sino ciertos muchachos imberbes, tanto más atrevidos para vilipendiar las cosas santas, cuanto ménos las conocen. Son ciertos *grandes hombres* carnales que, segun Jesucristo, no pueden comprender nada de lo espiritual; son cabezas desvanecidas que han perdido en lecturas frívolas, irreligiosas é impías, hasta el poco seso que tenian; son mujeres que hallan imposible la religion; porque, con traje más ó ménos elegante, se han prostituido. Ahora bien. Precisamente esta raza perversa es la que al humano respeto sacrifica las prácticas exteriores de la fé, el honor de Jesucristo y su alma propia. Los Santos llaman tal proceder una especie de apostasia y de traicion; porque así como Judas vendió á Cristo á sus enemigos por treinta dineros, los mencionados lo reniegan por mucho ménos, ó sea para librarse de una burla, de una habladuría, de una befa, de una mezquindad.

Por todo lo cual podeis apreciar lo que vale la fórmula tan común: *soy católico, pero no practico*. Sabeis lo que significa, la fuente de que mana, y el caso que de ella se debe hacer. En sí misma es una contradiccion; procede de ignorancia, ó de negligencia, ó de malas costumbres, ó de humano respeto, ó de todas estas causas juntas. Equivale á una traicion negrísima contra Jesus. Ahora repetidla, si os atreveis.

CAPÍTULO IX.

Misas.—Predicaciones.

I. ¿A qué tantas Misas? No puedo perder el tiempo.—II. Sé vale que dirán los predicadores.—III. No se pueden oír; son tan rústicos!

Las razones aducidas en el capítulo anterior demuestran universalmente la injuria que inferen á Dios los que rechazan las prácticas religiosas; más esta injuria parecerá más grande aún si se considera en particular cada una de las prácticas que se desechan. Porque siendo cada una un don inefable de la bondad divina, rechazarla es una ingratitud especial hácia el Dador magnífico que lo presenta. Contentaos, lectores, con que os lo haga ver en algunas. Responderé á las objeciones especiales que contra ellas se hacen.

I. La práctica primera, desatendida por muchos, es la de oír Misa en los dias festivos. ¿A qué tantas Misas? Yo no puedo perder mi tiempo: ni es necesario para decir esto que surja el obstáculo de cualquier grave impedimento, que podría servir de excusa razonable: lo hacen sin razon y contra toda razon; esto es, porque les falta la voluntad. Ahora bien. ¿Han formado á lo ménos una vez en su vida idea de la santa Misa? Para su honor es preciso negarlo; porque un conocimiento, aún imperfectísimo, bastaría para que espirase por siempre en sus labios aquella pregunta irreverente.

Suponed, por tanto, lo indudable: á saber: que en todos tiempos cuanto el hombre tiene, ora en el orden de la naturaleza, ora en el de la gracia, lo ha recibido de Dios, por lo cual necesita reconocerlo incesantemente autor de todo su bien. A este fin, á ser posible, hubiera debido el hombre inmolarse todo, para que viese Dios en su aniquilacion expre-

sada aquella gratitud de que se reconocia deudor. Mas como esto no es lícito por muchas razones, ¿qué ha sugerido la misma naturaleza? Sacrificar una víctima, sustituyéndola casi á la indicada, y figurando por su muerte la propia aniquilacion y el señorío de Dios. Tal es el origen y la significacion de los sacrificios, segun, despues del docto Eusebio, notaron insignes doctores. Como además la naturaleza es la misma en todos los hombres, la Escritura nos hace saber que, apenas existieron, hubo sacrificios.

Mas tarde determinó Dios dar una ley especial á un pueblo que habia elegido. ¿Qué hizo entónces? Todo el comercio que la tierra debe tener con el cielo lo quiere tratado, por decirlo así, especialmente con sacrificios. El hombre ha debido dar gracias á Dios por las mercedes que siempre recibe: como la ingratitud es un viento árido que seca las fuentes de la divina misericordia, Dios quiso establecer el sacrificio eucarístico. El hombre necesita lograr siempre nuevos socorros, supuestas sus necesidades, y Dios instituyó sacrificios impetrantes. El hombre necesita conseguir vènia y propiciacion para las culpas que comete de continuo, y hé aquí la víctima para el pecado: para reconocer la suprema majestad del Señor y adorarla quiso el holocausto, en que la total destruccion de la víctima simbolizase la total aniquilacion de la criatura delante de Dios. Así ciertamente lo instituyó la sabiduría celestial en la Ley antigua.

Llegada la plenitud de los tiempos, é inmolado Jesucristo en la cruz, de su costado abierto salió la Iglesia, ó el pueblo de la nueva alianza. ¿Podia éste permanecer sin víctima, sin altar, sin sacerdote y sin sacrificio? Esto debia suceder á los judíos, en pena de su perfidia, segun las profecías que observamos plenamente realizadas en aquel pueblo infeliz, sin templos, sin altar, sin víctimas y sin sacerdotes: mas por el contrario, entre los gentiles, que sucedian á los judíos, debia ofrecerse, tambien, segun las profecías, una oblacion purísima y gratísima á la Divinidad. Pues esto no es más que el

sacrificio sumamente augusto de nuestros altares: la santa Misa.

No voy á probarlo, por ser verdad de nuestra religion, y supongo que hablo con católicos; recordaré solamente lo que es á los ojos de la fé, á fin de que podais juzgar á los que no concurren á ella. La Misa es el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que bajo las especies del pan y del vino se hace á Dios por medio de los sacerdotes. La Misa no es una representacion cualquiera del sacrificio de la Cruz, sino una renovacion ó una repeticion de éste; con la única diferencia de que en el Calvario fué sangriento, y aquí es incruento. En la Misa Jesucristo se coloca en estado de verdadera víctima para nosotros, y el puñal místico de la Consagracion lo coloca en el de mística muerte. De aquí que la Misa por sí sola responde á todos los fines tan diversos de los antiguos sacrificios: sólo ella contiene el valor de todas las oblaciones. En la Misa Jesucristo, además de ser la víctima, es el sacerdote de dignidad infinita que la presenta. Por la Misa impétranse todas las gracias que del cielo llueven sobre la tierra, y por ella se aplican los méritos y las satisfacciones de la Pasion de Cristo. En la Misa suceden los milagros más estrepitosos que la fé recuerda, porque el Unigénito se hace obediente á la voz de un hombre; su verdadero cuerpo y su verdadera sangre se ocultan bajo las especies sacramentales, y toma un modo de ser completamente inefable y portentoso. En la Misa, todos los atributos divinos están en acto: la sabiduría infinita para excogitar tan nuevas invenciones; la bondad inmensa para quererlas, y la omnipotencia para ejecutarlas. En la Misa, á las palabras de la consagracion, se abren de par en par las puertas del cielo, Jesucristo desciende al altar, los ángeles reverentes y temblosos le adoran, y una llama purísima, separándose de aquella mesa, envuelve á todos los circunstantes y los santifica. Entónces la tierra se une con el cielo, las cosas humanas y terrenas con las sobrehumanas y celestes, y los hombres con Dios. Con aquella víctima de infinito valor entre las ma-

nos, el hombre, lleno de confianza, preséntase á Dios, lo aplaca, lo propicia y lo calma: la justicia da el beso de paz á la misericordia, en favor de los que militan sobre la tierra ó se purifican en el purgatorio. Hé aquí en dos palabras lo que es el sacrificio de la misa. Mas hé aquí también la injuria que hacen á Dios los que no se cuidan de El y lo desprecian: Jesús realiza en su favor los más santos y tremendos misterios, y ellos los rechazan; Jesús obra los milagros más estrepitosos de sabiduría, de poder, de amor, y ellos siguen indiferentes; Jesús los colma de las gracias más selectas y preciosas, y ellos no tienen tiempo para recibir las. ¡Qué género de agravios es éste!

Fingid, lectores, que no hubiérais en vuestros días comprendido nunca estas grandes verdades, y que un día me presentase delante, y os dijese: ¡Eal! Tengo que comunicaros una gran noticia. No ignorais que hace sesenta siglos espera el mundo un libertador, un redentor y un maestro que rompa sus cadenas, lo rescate y lo guíe por las vías de la salvación: os hago saber que el aguardado por tantos patriarcas, predicho por tantos profetas y suspirado por tantos justos, ha finalmente descendido del cielo para consagrar el mundo con su venida. Más aún: despues de haber cumplido su mision, subirá al Calvario esta mañana, entregaráse á sus enemigos, y ofreciéndose víctima por todos, despues de tres horas de agonía penosísima, pendiente de una cruz entre el cielo y la tierra, con su vida y con su muerte pagará todas nuestras deudas, cerrará con su sangre el infierno, abrirá las puertas del cielo y obtendrá para cuantos lo quieran ejercitar el derecho á la eterna bienaventuranza. Venid, pues, conmigo, subamos al santo monte, y presenciemos el gran espectáculo. Recogeremos los últimos suspiros de un Dios moribundo, recibiremos sobre nuestra cabeza las gotas de su sangre divina, humeante aún; compadeceremos sus penas, acompañaremos sus lágrimas con las nuestras, y cuando el sol se oscurezca, y bambolee la tierra, y se abran los montes, y tiemble de horror la naturaleza toda

por tan gran suceso, daremos también nosotros un suspiro de amor á un Dios que muere por el afecto que nos profesa. Tal suposición es rara; mas fingid que se realizase lo dicho: ¿cuál sería vuestra respuesta? Bendeciríais á Dios por haber vivido en un tiempo tan venturoso, que os permitió asistir á tal espectáculo: quien rehusase presenciarlo para no incomodarse, parecería un monstruo, no solamente de crueldad, sino también de estupidez. Pues bien. Nuestra hipótesis es lo que la fé católica enseña al cristiano como una realidad. La misa es el propio sacrificio que se ofreció sobre la Cruz: allí hay la propia víctima y el propio principal sacerdote; los frutos que se recogen son precisamente los de la Pasión y muerte de Jesús, que se nos aplica; ¿qué hacen, pues, los que mendigan pretextos para eximirse? Juzgadlo vosotros.

Despues de lo dicho, creo inútil responder á los que se excusan de intervenir con la falta de tiempo: quisieran que el sacerdote lo abreviase á medida de su indevoción. Quien alcanza lo que son los misterios allí celebrados, no puede sino con locura, por no decir impiamente, pretender que se apresure más de lo debido. Quien conoce los propios beneficios, no se puede lamentar de que dure demasiado el tiempo en que se distribuyen. Si oyérais gritar á un pobre que se le hace perder tiempo porque no cesan de darle una limosna despues de otra, quedaríais sin saber lo que os pasaba: ¿cómo no os asombráis de quien deplora que la Iglesia, que tan eficaz es en sus oraciones, ruege por él de sobra, estimule demasiado al Padre de las misericordias, lo trate con excesiva reverencia y afecto, y quisiera poco ménos que el sacerdote rasgase aquellas carnes sangrientas y aquella sangre divina en servicio de su impaciencia? Permita Dios que nunca se halle un sacerdote que secunde deseo tan irracional, porque habría dos culpables á la vez: uno por salir con una pretensión tan injusta, y otro por ceder con una condescendencia tan sacrílega.

II. Despues de la misa, el otro ejercicio que viene descuidado en demasía, es la palabra de Dios.

No haya miedo de que algunos se dejen nunca ver en un sermón, en un catequismo, y mucho ménos en una mision ó predicacion extraordinaria, á no ser que se trate de una ocasion rara, en que un vanidoso pronuncia frases de vana elocuencia, ó un Graco ó un Catilina, predicando la revolucion, profana el púlpito con bufonadas. Ni les faltan buenas razones para proceder así. Saben ya lo que dirá el predicador, y por consecuencia no tienen necesidad. Además, aquel decir grosero y descuidado que distingue á los predicadores, por regla general, les sofoca, y no lo pueden sufrir. Hé aquí por qué, como veis, tienen buenos motivos para retraerse.

Saben ya lo que dirá el predicador—Lectores: no lleveis á mal que, para vuestro bien, me muestre un poco desconfiado. ¿Es verdad que están siempre tan profundamente instruidos que conocen ya todo lo que un predicador católico les puede decir? ¿No sería permitido ponerlo en duda, sin inferirles agravios? ¿Han hecho, pues, estudios tan profundos? En la edad primera no se les podia explicar muchas doctrinas, porque no las hubieran entendido, ni podian intimárseles ciertos deberes, por su poca edad: más tarde quiero suponer que hayan estudiado leyes sobre los bancos de la Universidad, ó medicina, ú otra ciencia: ¿cuándo han hecho estudios de religion? Han oido, por el contrario, en el comercio de la vida muchos errores, embebiéndose en muchas preocupaciones sobre aquélla; mas no han acaudalado conocimientos positivos y severos. Y quien trata con ellos sabe por experiencia qué compasion causa oír, aún á personas que debieran comprender algo, los extraños conceptos que se forman de los dogmas de la fé cristiana, de los fundamentos sobre que descansa, de los deberes que intima, de la naturaleza é índole de la Iglesia, de la autoridad del Sumo Pontífice, del valor de los Sacramentos, y de cien otros puntos muy relevantes, respecto de los que poco es sostener que viven en la más crasa ignorancia, por ser preciso añadir que están envueltos en los errores más perniciosos. Ciertamente una mujercilla vulgar que frecuenta el templo,

podria ser muchas veces su maestra de religion. No digan, pues, tan alto que ya saben lo que dirá el predicador, porque es falsísimo que lo sepan: persuádanse, por el contrario, de que les será utilísimo aprender hasta las verdades más sencillas, y oirlas aclarar, para que de la especulacion se puedan reducir á la práctica.

Por lo demás, téngase por no dicho esto en cuanto á la respuesta que quiero dar á la pretendida objecion: concédase que sepan ya todo lo que dirá el predicador; ¿no necesitarán ya la palabra de Dios? Falso, falsísimo. Para comprender esto, es indispensable decir algo de un profundo misterio que la fé cristiana nos hace conocer relativamente á la predicacion. Dios, Señor absoluto de sus gracias, puede, para conferir las, establecer las condiciones que quiera. Así, ha determinado que la santificacion primera no se logre sino por medio del santo bautismo, y que el perdon de los pecados cometidos por los adultos no se obtenga sino por el sacramento de la Penitencia, hasta el punto de que lo consiga quien adopte los ritos ó medios, y quede sin él quien no quiera emplearlos. Podia Dios, no lo niego, ordenarlo de otra manera; mas habiéndolo decidido así en su sabiduría, los que deseen la gracia es preciso que la obtengan por sus vías naturales. Esto supuesto, hé aquí lo que pasa en la predicacion. Podia Dios sin duda dispensarnos todo género de gracias en mil diversos órdenes de su providencia; pero ha querido, por el contrario, que la predicacion fuese uno de los medios ordinarios. Ha dispuesto que existiese una Iglesia visible con pastores y ovejas, ó, lo que vale lo mismo, maestros y discípulos, superiores é inferiores, como tambien que aquéllos apacentasen á éstas con la palabra divina, á la cual se ha complacido Dios en ligar sus gracias. El pastor ó el sacerdote emplea la voz, enuncia la doctrina, presta el ministerio, y Dios concurre por su parte con su gracia; reviste, por decirlo así, con ella la voz del hombre, y la vibra en medio de los corazones. Imaginad que uno quiere meter con un hierro fuego á cualquier parte: ¿qué hará? Lo

sumergirá en un horno encendido, y, una vez ardiente, aplicarlo á su intento. Igualmente Dios, para mover nuestros corazones, toma la palabra del hombre, que es demasiado tambien hierro negro, frio, ruginoso; la reviste, la rodea, la calienta, lo diré así, con su gracia, y teniendo ya la gracia divina, mueve, entenece, rompe los corazones, los convierte y los conduce á Dios. Que tal es el fin de la palabra divina, y que así Dios la maneja, es indudable, segun la doctrina del Santo Apóstol Pablo, que enseña que hasta la gracia de la fé viene por tal medio: *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi*; y segun la autoridad de los Santos Doctores, los cuales lo demuestran cumplidamente con las divinas Escrituras. Hé aquí por qué cuantos desean la gracia es preciso que se contenten con recibirla por aquellos canales por donde Dios la quiere comunicar: siendo la predicacion una de las vías ordinarias, es preciso recurrir á ella, aunque ya sepa lo que dirá el predicador. Un villano que cayó enfermo, recibió el auxilio de un médico que sanóle con cierta medicina. Algun tiempo despues recayó, aunque por otra enfermedad, y acordándose del remedio tomado la otra vez, repitiólo sin llamar al médico siquiera, é iba de mal en peor: contándole despues todo muy maravillado al médico, éste le respondió que aquel remedio sólo aprovechaba cuando disponia él que se tomase. Una cosa parecida os digo. Conoceréis perfectamente todas las verdades que irá el predicador á deciros; mas aquellas verdades sólo os harán bien cuando el predicador os las diga. Y la razon es que, por el honor de su palabra, el Señor, á la voz de aquél, concurrirá con su gracia, pero no con lo que sabeis vosofros.

Sólo podria desconocer la ilacion quien creyese no necesitar la gracia divina; mas éste caeria en la herejía de los pelagianos, soberbios negadores de la necesidad de la gracia: aquí hablamos con católicos que creen de fé que sin los auxilios divinos jamás observarán la ley del Señor, ni se librarán de las graves tentaciones con que la vida es asediada, ni llegarán tampoco al cielo.

Pero ¿no podria distribuir Dios las mismas gracias por otros medios? Os diré que aquí no se trata de lo que Dios podria, sino de lo que quiere. Puede Dios infinitas cosas que aún no quiere hacer; puede crear siempre nuevos mundos, y sin embargo no los crea; puede meter á todos en el cielo, y sin embargo sólo mete á los que reúnen las condiciones que ha prescrito; puede aniquilar á todas sus criaturas, y sin embargo no las aniquila; se rige por su sabiduría, y no por lo que nos parece. Así puede conferir tambien gracias de mil maneras distintas, y de hecho confiere por otros medios; mas su voluntad es que muchísimas se obtengan sólo por esta vía. Como quiere que el sol caliente la tierra, y como para quitar el pecado original quiere se use el agua en el santo Bautismo, quiere tambien que para iluminar y encender las almas se acuda principalmente á la predicacion.

De donde podeis inferir cuán luctuoso es el espectáculo que tenemos á la vista, de los que se alejan de la palabra de Dios. En verdad tenemos en medio del pueblo cristiano muchos que casi por sí se juzgan indignos de la salvacion eterna, rechazando absolutamente los medios que á ella conducen. No aludimos sólo á los de alma dañada y perdida, sino tambien á otros que no se reputan tan malos, pero que pasan años enteros sin acudir á un sermón. ¡Ah! Si se ponderase lo que dijo de ellos Jesucristo, se horrorizarian, por cuanto es manifiesto que sin amar y conocer su voz no serian sus ovejas. Ahora bien. Si no son ovejas de Jesus, ¿que son sino almas perdidas? Piénselo el lector un poco, porque entre las señales que puede tener uno en esta vida de llegar á convertirse en tizon del infierno eternamente, señala el Maestro divino la de no amar á su palabra.

III. La otra razon por la cual se abstienen algunos de los sermones, es la *rusticidad de los predicadores evangélicos*. Ahora bien. Para responder diré primero es falso que se administre por regla general tan groseramente la palabra divina, no faltando en todas las ciudades de los que tienen la

ciencia que se necesita y el decoro que se requiere. La Iglesia, gracias á Dios, no ha caído tan bajo que no tenga dichos hombres en número considerable aún, para que cuatro cerebros académicos ó románticos puedan echarla en rostro un reproche tan vergonzoso. Mas si ésta fuese su sola dificultad, podrían superarla fácilmente con elegir los predicadores más doctos, más cultos y más elocuentes.

Pero, en fin, concédase que los predicadores evangélicos no sean siempre muy elegantes y elocuentes: ¿y qué? ¿Acaso la utilidad de la divina palabra depende de la elocuencia de los hombres, y no, como hemos dicho antes, de la gracia del Señor, que va con la predicación evangélica? Si es la gracia del Señor la que mueve, ilumina, inflama y convierte, poco importa que la palabra del hombre sea grosera, estando investida desde lo alto con virtud tan celestial. Podría ser poco elegante el plato con que se toma el alimento, y poco terso el cristal con que se presenta la bebida; mas ¿dejaríais por esto de comer lo necesario, ú os dejaríais morir antes que tomarlo de aquella vajilla ó de aquella copa? No creo que ninguno sea estólido hasta tal punto. ¿Por qué no decís, pues, lo mismo con respecto á la predicación, la cual, aún bajo corteza tosca, os ofrece frutos sabrosísimos?

Y aún hay más. Tanto no obsta para el fruto de la palabra divina ser expuesta ménos elegantemente, que, por el contrario, cuanto más sencilla es, suele resultar tanto más fructuosa. Demasiadas veces los predicadores, debiendo hablar á personas que no quieren sólido nutrimento, se ven condenados á valerse de vanos condimentos y sabores á fin de aguzar su hambre; mas si pudiera presentárseles claramente la filosofía del Evangelio, sacarían mucha mayor ventaja. Valga la verdad: ¿creeis que al cabo no se rendirian hasta los protervos si hubiese modo de hacer llegar á ellos en palabras sencillas las grandes verdades de la fé, la preciosa de salvar su alma en los pocos instantes que tienen de vida, la muerte que les amenaza (y no la fácil que se imaginan, sino la terrible que experi-

mentarán), el rigor del juicio divino, la terribilidad de las llamas infernales, y la duración de la interminable eternidad? ¿Creeis que no se inflamarían una vez sus corazones de santo amor si pudiesen anunciárseles los amorosos beneficios de un Dios, los espasmos, agonías y muerte de Jesús crucificado, las misericordias y ternuras de la Virgen Madre, y cosas semejantes? ¿Creeis que promoverían tantas dudas referentes á la fé, y que atribuirían más á la Iglesia tantas locas doctrinas, que son de su cerebro, si hubiera modo de exponerles con alguna claridad la fé cristiana, los fundamentos sobre que descansa, y la futilidad de los sofismas con que se impugna? Aunque fuesen sencillísimas las palabras, la pura verdad tendría una fuerza infinita en sus corazones. Ciertamente que el Apóstol San Pablo, hasta tal punto no creía deber emplear la elocuencia mundana, que, por el contrario, se glorificaba de conocer sólo á Jesucristo crucificado, cosa que aprendió del divino Maestro, del cual está escrito que jamás hablaba sino empleando parábolas vulgares. Es, por tanto, mala excusa la de los que por frívolos pretextos se alejan de oír la palabra divina.

¿Cuál será, pues, el motivo verdadero por que no se asiste á la predicación? Si me permitís, lectores, que con la mayor sinceridad ponga la mano en la llaga, vedlo en pocas frases. No se oye el sermón porque se sepa lo que dirá el predicador, ni porque sea rústico, sino por lo contrario enteramente, ó sea porque no se quiere saber lo que dirá, y porque se teme que hable demasiado. El predicador anuncia la verdad que ilumina la mente y despierta á los dormidos: no se ama esa luz, porque parece dulce dormir. La verdad suscita remordimientos, y también un saludable terror; no se quiere la perturbación de la conciencia, amándose la paz falsa. La verdad busca el corazón, y lo mueve á desligarse de las pasiones que lo encadenan; como las cadenas á que nos referimos son amables, no se quieren excitaciones para romperlas. La verdad mueve á obras buenas, ¡aclusas las difíciles á la

humana debilidad, y no se quiere el fastidio ó la fatiga del que á ellas se consagra; la verdad juzga, y no se quiere la sentencia; la verdad condena, y no se quiere el castigo. «No quieren entender, dice el Espíritu Santo, porque no quieren obrar el bien.» Hé aquí descifrado el enigma. Recuerden, empero, que cerca de tal culpa se halla el castigo frecuentemente. No quieren que Dios hable, y se callará; mas entre todos los castigos que puede imponer á un alma, éste sin duda es el más grave de todos, porque nadie logra enmendar al á quien Dios no habla.

CAPITULO X.

Confesion.

I. La confesion fué inventada por los sacerdotes.—II. Es un martirio de la conciencia.—III. No tengo necesidad de hacerla.—IV. Es una inmoralidad.—V. Sirve para la política.

Si tanta es la aversion que algunos tienen á oír la santa misa y á escuchar un poco la divina palabra, que, sin embargo, son cosas tan fáciles en sí mismas, considérese lo que dirán y harán los mismos de la confesion, y de qué modo rehusarán frecuentarla. Será mucho si se limitan á despreciarla por inútil, porque no faltará quien llegue á proscribirla, con los herejes, como una invencion de los sacerdotes; con Lutero, como un martirio de la conciencia, y con algunos modernos, como una inmoralidad. Realmente, los de alguna experiencia del mundo saben hasta qué punto son vulgares dichas acusaciones. Verdaderamente yo, considerando el fin que me propuse en este libro de tocar sólo los puntos que oscurecen la inteligencia de ciertos católicos, debería omitir completamente la objecion primera, porque quien afirma con juicio que la confesion ha sido inventada por los hombres, no es católico, habiéndose definido claramente por el Concilio de Trento que la confesion fué instituida por Jesucristo, y no por los hombres. Sin embargo, á lo ménos de pasada, diré algo.

I. ¿Cómo ha de ser *establecida por los hombres* la confesion si resulta clarísima en el Santo Evangelio su institucion? ¿No afirmó Jesucristo terminantemente á los Apóstoles y á sus sucesores que *lo que hubiesen atado en la tierra sería atado en el cielo, y que lo que hubiesen desatado en la tierra sería desatado en el cielo*, ó bien, como el mismo